



Reseña Bibliográfica

“Inquietud de sí y educación. Hacia un replanteo de la Filosofía de la Educación”. Enrique Puchet - Andrea Díaz Genis. Compiladores. Montevideo. Grupo Magro

Profesora Alicia Kachinovsky

PRESENTACIÓN y RECOMENDACIÓN

Cuando recibí la invitación a presentar este libro, otros compromisos me aguardaban y no podía posponerlos. La fuerza de la seducción fue, sin embargo, más poderosa que cualquier lógica del 'deber ser'. Precisamente en ella, en el concepto de seducción, habré de detenerme más de una vez a propósito de la tarea encomendada.

Los afectos, a los que esta obra depara un espacio a visitar, son acaso los primeros motivos para aceptar un compromiso como el que se me ha asignado: mi proximidad con algunos de sus autores, la traza fraterna en uno de ellos, mi reconocimiento al Profesor Puchet y mi progresiva afinidad con la Dra. Andrea Díaz... También la Facultad de Humanidades y Ciencias de la

1

Educación, cuna de esta producción colectiva, como locus académico y humano que ha ido ganando en mí una creciente familiaridad, aportándome siempre una mirada rigurosa y profunda en términos de saberes.

En sentido convergente, asistir a este encuentro dialógico entre filosofía y educación es para la Psicóloga bastante más que un fuerte estímulo, para la Psicoanalista un imperativo y para la Maestra una tregua. Agradezco entonces el lugar de privilegio que se me concede y la oportunidad de aprender con todos ustedes, de retomar aquel viejo vínculo entre psicología y filosofía o entre filosofía y educación que nunca debió quebrantarse, al precio de virtuosismos técnicos o de alzas en las “bolsas académicas”. Tales claudicaciones terminaron por alejar a buena parte de la psicología de las humanidades. Por otra parte, es preciso reconocer que aquel vaticinio, prometedor de una revolución humanizante en el seno de la disciplina psicológica -luego de “*un prolongado y frío invierno de objetivismo*” como diría Jerome Bruner (1991, p. 19)-, no parece estar alcanzando por estas latitudes tiempos de primavera.

No será un juego de palabras si digo que ya el propio título provoca inquietud...En efecto, este libro incita al diálogo; ser fiel a su designio no es repetirlo sino recrearlo o reinventarlo, con el temor-deseo de traicionarlo. Y como apenas habré de tomar unas pocas líneas, mis sinceras disculpas por todo lo que no podré siquiera esbozar.

A pesar de los recortes, no ha sido fácil acotar esta presentación, por la multivocidad de temas y problemas que precipita. En síntesis, mi selección será injusta y caprichosa, pero es la que pudo ser.

Si en realidad toda esta compilación deviene una provocación a pensar - a escribir nuevos textos que interroguen, fundamenten o refuten a los primeros-, sabrán dispensar los autores una vena prosaica, pero es mi deber advertirles que si algo tiene mala prensa en educación... es la inquietud.

Dicha palabra ha sido destituida y sustituida paulatinamente por la de hiperactividad, de cuño galénico. Confundiendo la parte con el todo y el síntoma con el síndrome, la inquietud concita con frecuencia una lectura automática, a saber: ¡déficit atencional (DDA) a la vista!

Esta rápida conversión de un problema educativo en dominio psicopatológico, no escapó al agudo humor de nuestro querido Julio César Castro (Juceca), que así lo ilustra:

“Yo, de botija, era una mezcla rara de medio rebelde con medio tristón, y bastante vago además de distraído. Un distraído es un tipo que está muy atento a cosas a las que los demás en ese momento, no le prestan atención. La maestra decía que yo no prestaba atención y por eso no adelantaba. Yo prestaba la goma, el lápiz Fáber N° 2, la regla, prestaba todo menos atención. Un día dije que no la prestaba por miedo a que no me la devolvieran, pero nadie entendió el chiste y a mí me dio mucha vergüenza, me sentí mal y pedí para irme para mi casa, pero la maestra me mandó al patio a tomar aire y se me pasó. Debe ser porque la vergüenza da calor y el patio era fresco, pero la cosa fue que desde entonces, cada vez que hago un chiste, tengo miedo de que no lo entiendan y me manden al patio.”

Julio César Castro (Juceca)

Primer movimiento para piano y coro [\[1\]](#)

Espero que ustedes no me manden al patio; por lo cual, justifico:

Si lo fundamental para la práctica filosófica antigua fue la atención al sí mismo -el cuidado de sí mismo, el ocuparse de sí- no parece ser este entorno el que retrata Juceca, temor mediante a no ser entendido. Tampoco creo que deba leerse como una huida de sí mismo y caída en la disipación, salvedad que alude a la *disipación en la mirada*, una de las enfermedades del alma más terribles descritas por San Agustín... El lector encontrará suficientes referencias del tema en este volumen.

La recreación escénica del humorista uruguayo pone de relieve el castigo a la emergencia del acto singular (estar muy atento a otras cosas,

ajenas al centro de atención del colectivo). En tales circunstancias, la institución del saber responde con la exclusión: ¡al patio!

Por el contrario, si cuidarse a sí mismo (conocerse) es la condición para cuidar también de los otros, la incompreensión delatada por Juceca podría revertirse por medio de una compleja operación: 'cuidar a los que cuidan'.

Los autores hacen suyo este problema y lo plantean como un desafío a la formación docente que, a diferencia de la 'capacitación en servicio', procura más una tarea identitaria que una empresa profesionalizante. Me atrevo a afirmar que es ésta una de las aristas más audaces y más comprometidas de la presente publicación.

Las narrativas autobiográficas son, en este sentido, un valioso recurso y una cita obligada en las que el texto repara. Me pregunto, no obstante, si es oportuno extender y formalizar un dispositivo de este tipo -que implica su obligatoriedad en las aulas de formación docente- o si es preferible dejarlo crecer en los intersticios. En tanto currículum prescripto, no parece ser la opción más compatible con el afán inquietante y problematizador que se persigue. El instituido tiene por vocación producir siempre más instituido. Por otra parte, ¿no estaríamos así doblegándonos ante la pretensión de universalizar una práctica que, por el contrario, acude al rescate de la singularidad? ¿No estaríamos cayendo en aquella contradicción que atribuyera Foucault a la espiritualidad antigua? Y todavía más preocupante, ¿no estaríamos entremezclando lo privado y lo público?

No he podido escapar a la tentación de incursionar en otro enigma que el libro le propone a la psicoanalista, allende de cualquier intención: *cuidarse de sí...* Como si el sí mismo comportara un peligro que obliga a tomar recaudos. La teoría freudiana de las pulsiones avalaría esta determinación, aún más si nos condujéramos con absoluta fidelidad como para aceptar que la pulsión de muerte es silenciosa, lo que la deja en una posición bastante más peligrosa.

Quizás no sea preciso ir tan lejos. Tomando a Foucault por referencia, y de su mano a Séneca, encontramos en el propio compendio una definición de la naturaleza humana capaz de producir "*almas solapadas*", "*ingratos, codiciosos, impíos*" (p. 166).

Pese a todo, debo confesar que no creo que “*el mundo posmoderno con sus avances tecnológicos*” nos estupidice y nos enajene, como sostienen algunos de los autores de esta publicación. (p. 187) Es de rigor subrayar la diferencia de mi punto de vista al respecto.

En todo caso deberíamos suponer que la estupidez es consustancial a lo humano. De lo contrario, los griegos primero y luego otros, no habrían necesitado destinar tantas prédicas al cultivo del pensamiento filosófico y al ejercicio de la espiritualidad.

La reflexión filosófica es efecto de cultura, cultura producida y transmitida por quienes asimismo la habitan. Por ello la pertinencia del planteo central de esta obra, que apuesta a pensar lo filosófico como proyecto educativo o a bregar por una educación recostada en un determinado sustento filosófico, que apunta además a una reconciliación entre el cuerpo y el alma^[2], entre el sí mismo y el nosotros, entre la racionalidad y el afecto.

El trabajo con el texto de Alcibíades concita coyunturas de máxima provocación. Sócrates es enunciado allí como el maestro que “conquista”, encarnando uno de los polos de la pareja de enamorados. El carácter relacional de la pareja del enseñante con su aprendiz, relación asimétrica por cierto, evoca la otra escena: la escena psicoanalítica.

Sobre los tempranos tiempos del psiquismo, Jean Laplanche ha postulado la necesidad de *hacer trabajar a Freud*. Retomando a estos efectos su teoría de la seducción, de la que luego renegara, la reconvierte como *teoría de la seducción generalizada*. La indefensa criatura humana, requiriendo el auxilio del semejante adulto para sobrevivir, recibe un plus con los cuidados: la sexualidad del adulto, a sí mismo ignorada (inconciente).

Laplanche define en estas circunstancias dos modos posibles, dos formas de seducción: implantación e intromisión. La versión normal -y en tanto normal, neurótica- es la de la implantación, operación humanizante (conquista) por la cual el cachorro humano será afectado de modo irresistible... en el mejor de los casos.

Aquello que ha sido implantado, nombrado por el psicoanalista francés como *mensajes enigmáticos* (no pasibles de evacuación o descarga), serán el motor infatigable de la curiosidad y del aprendizaje humano.

Desde tal perspectiva, todo Maestro deberá seducir y acaso “conquistar” a su alumno. Sólo se puede ser con el otro y sólo se puede ser docente con el otro. La seducción es a la educación como el agua a las plantas; debe hacerse presente. Pero si la conquista pierde la relatividad de las comillas, la intromisión hará lo suyo, produciendo diversos cortocircuitos en lo que hace al pensamiento y en los que no podremos detenernos en estos momentos.

Volvamos ahora al tema del amor ya que, con audacia, se juegan a él algunas páginas de esta producción colectiva. En otro lugar decía que ser docente es, entre otras cosas, un acto de amor y una renuncia a ese mismo amor que se entrega.

Con estos propósitos retomaba otrora la “*Despedida de Gorgias*”, donde José Enrique Rodó sugiere en qué consiste la sabiduría de un maestro. Lo hace ingresando en el complejo problema de *la verdad*, tan estrechamente vinculado a la *ética de la docencia*. Habla allí en nombre de Gorgias de tal forma:

“Yo os fui maestro de amor: yo he procurado daros el amor de la verdad; no la verdad, que es infinita. Seguid buscándola y renovándola vosotros...” (Rodó, 1909; CXXVIII)

Renuncia a la completud en el plano del conocimiento y aceptación de la finitud de la existencia. Como Sócrates, su sabiduría reposa en la afirmación de su ignorancia. De igual suerte, el autoconocimiento está marcado por la relación del individuo con su saber y con su ignorancia. Saber de esa ignorancia, como pasaje de la ignorancia al saber, constituye un punto privilegiado de encuentro entre la filosofía y el psicoanálisis.

Pero la parábola de Rodó trasunta otras enseñanzas. Su discípulo Lucio propone un juramento de fidelidad categórico a cada una de las palabras de su Maestro. Gorgias rechaza la propuesta, por ser afecta al absolutismo del

dogma revelado de una vez para siempre. Entiende, y así lo expresa, que las ideas pueden terminar siendo cárceles para el alma.

Por el contrario, insta a la búsqueda de un nuevo amor, de una nueva verdad, auténtica fidelidad a sus enseñanzas. Y en este gesto de máxima entrega, en el que el verbo seducir se hace presente, hay también una renuncia al otro, al discípulo: desiste de usufructuar el lugar del *'yo ideal'* que le fuera ofrecido previamente, condición que lo ubica en posición de *'ideal del yo'*.

De regreso al texto presentado, constatamos que tampoco falta en él la referencia a la inquietud del sí mismo del modelo cristiano: un retorno a sí para renunciar a sí, como condición de la salvación. Ello requiere una constante vigilancia de las propias pasiones (mundo interno para algunos), pero también de las que el semejante impone. Y en este caso la palabra apropiada no parece ser seducción sino tentación (*¿intromisión acaso?*).

Por ello resulta demasiado fuerte la idea de pensar el acto educativo como relación "amorosa" entre maestro y discípulo. Es posible que la particular resonancia de la escena filosófica en quien profesa el oficio del diván justifique la inmediata evocación del par transferencia - abstinencia, tomando en cuenta que el concepto de abstinencia en psicoanálisis es bastante más extenso que el de la renuncia a las incitaciones de la carne.

Más allá de esta desviación obligada, celebro la inclusión del amor en este ámbito; audaz planteo cuando se lo formula en un recinto académico por excelencia, afecto a rigurosidades teóricas y conceptuales.

Me complace aún más la propuesta de *"una genealogía de la identidad docente, como práctica del cuidado de sí"*. (p. 59) La mera enunciación del objetivo no puede dejar de tener efectos sobre el propio entorno en el que se la pronuncia.

Llegados a este punto, declaro que me halaga bastante más de lo que me perturba acordar que la cura por la palabra no ha sido un invento del psicoanálisis, que el *hablar franco* o la *parresía* de la antigüedad pueden tomarse como antecedentes o equivalentes atendibles. Compartir la maternidad de la osadía con la madre de todas las ciencias no puede sino causar cierto alivio.

En definitiva, ¿quién se autoriza a decirse dueño de una idea? El conocimiento humano siempre se inscribe en una cadena generacional. Debiera erradicarse el verbo inventar del vocabulario científico en general o, al menos, de las Ciencias Sociales.

Hacer un lugar al problema de la transmisión de saberes resulta otro acierto de la compilación. Escapar al escenario del aprendizaje y sus genéticas discursivas, invita a nuevos retos. Esta vez como en casa, con una explícita apelación al psicoanálisis, se pone de relieve aquella tercera afrenta narcisista a la humanidad denunciada por Freud[3], a saber: los vasallajes del yo.

Con justicia, el “*sujeto del conocimiento*” entra en cuestión. Y entra en cuestión también en acto, porque se atribuye a Lacan la autoría de una clásica afirmación freudiana: *el yo no es el amo en su propia casa*.

Pongamos las cosas en su lugar: las tres ofensas al amor propio de los seres humanos son mencionadas por Freud en dos de sus artículos de 1917: “*Una dificultad del psicoanálisis*” y la 18ª de las “*Conferencias de Introducción al Psicoanálisis*”; los vasallajes del yo son retomados en “*El yo y el ello*” (1923), la última de las grandes obras teóricas del Maestro. Ahora bien, ¿cómo proceder con la nueva afrenta sino haciendo trabajar algunos interrogantes? En tal sentido, ¿alcanza con leer a Lacan para entender a Freud o para pronunciarse en nombre del psicoanálisis? ¿*Por qué me has abandonado?*, preguntaría el Maestro a sus discípulos.

En otro orden de cosas, se afirma que en el contexto de la tradición filosófica griega, helenística y romana, el modelo médico es el modelo pedagógico por excelencia, pudiendo incluso plantearse en las escuelas helenístico-romanas un modelo de enseñanza cuya principal finalidad es la “*cura del alma*”. He aquí un nudo difícil de resolver para la psicoanalista. En primer lugar porque pedagogía y medicina comparten un sesgo prescriptivo, ajeno al psicoanálisis... o a algunas corrientes psicoanalíticas con las que puedo identificarme. En segundo lugar porque, aún tomando el concepto de cura en su acepción más amplia y menos coercitiva, se hace preciso delimitar prácticas y saberes que, aunque detenten coincidencias significativas, no

deben sufrir una suerte de aplanamiento conceptual en el cual pierdan sus respectivas especificidades.

Entiendo que similares preocupaciones llevan a la Dra. Andrea Díaz a describir puntos de encuentro y desencuentro, semejanzas y diferencias, que en ambos casos “conectan” -y no homologan- esta tradición filosófica del cultivo de sí con el psicoanálisis. ¿Peca asimismo de un exceso de consideración? ¿O defiende la rigurosidad de sus empeños? Sea como sea, ¡bienvenido!

Quizás uno de los momentos de máxima perplejidad personal, a propósito de la lectura de este libro, se vincule a la descripción que hace Séneca de Sereno. Surge allí el concepto de “*ataraxia*”, relacionado con la búsqueda de la imperturbabilidad (deseo de no ser conmovido) y el alcance de la verdadera felicidad.

La centralidad de la noción de conflicto en psicoanálisis no admite tal estado de serenidad. Más pesimista seguramente que el pensamiento antiguo, la teoría del inconsciente resigna la serenidad; no hay acuerdo posible consigo mismo porque la división es radical... aunque para cada uno de los que hemos sido atravesados por la experiencia psicoanalítica, la ilusión de encontrar ese estado de armonía interna nos acompañe hasta el final.

Como bien puede imaginar el lector, el texto no detiene su avance por presuntas incomodidades. Por el contrario, suscita nuevos inconvenientes cuando detalla la ruptura ocurrida, a partir del primer siglo de la era cristiana, con el pensamiento filosófico anterior. Acompañando a Foucault dirán los autores que entonces ya no se educa para el gobierno de la ciudad, sino para el gobierno de sí mismo. Albores de la construcción del sujeto...

Nos interesa señalar este punto en particular cuando de educación se trata. La fundación de la escuela moderna sienta sus bases en el encargo de producir ciudadanía. Nos cuesta imaginar una institución educativa que ya no se ocupara de este asunto, aun cuando debiéramos preguntarnos qué entienden los docentes por producción de ciudadanía y cómo lo hacen. De esta forma retornamos al problema de la formación de recursos humanos en educación.

Situados en estas direcciones, valga el cierre con un brevísimo racconto que ilustra el valor de la pregunta como práctica cotidiana. El Área de Psicología Educacional a mi cargo (Facultad de Psicología, UdelaR), ha desarrollado por más de una década prácticas pre profesionales con estudiantes de grado, en escuelas públicas de Montevideo. Una maestra de una de estas escuelas con las que trabajamos -algunas de contexto crítico o desfavorable- consternada por un episodio de su entorno escolar, expresaba hace pocos días, con profundo pesar, su impresión de no estar formando ciudadanos sino delincuentes. Para quienes encarnan los lugares de mayor exposición humana, para quienes soportan los efectos de la exclusión social en vivo y en directo, el pesimismo pedagógico es una salida difícil de resistir. En consecuencia, la construcción de espacios alternativos donde poner a trabajar las interrogantes, donde anidar las angustias emergentes y tallar renovadas ilusiones, no debería admitir postergaciones.

Pero entendemos, en sintonía con los autores, que la producción de subjetividad ciudadana o de subjetividad docente requiere de una *'previa'* que hay que arriesgarse a transitar: la interrogación del sí mismo, la preocupación de sí, la inquietud de sí... Es en ese instante que irrumpe la pregunta de Sereno interpeándonos:

“¿Quién se atreve a decirse a sí mismo la verdad?” (p. 73)

Profesora Alicia Kachinovsky

16 de setiembre de 2010

[1] Castro, J.C. es columnista del **Diario La República**, Mvdeo.- Uruguay. El texto aquí transcrito es el comienzo de una sátira sobre las clases de música, que apareció en la edición del 02/ 11/ 02. p.35.

[2] Epicúreos y estoicos entienden el ocuparse de sí como ocuparse del alma y del cuerpo en forma concomitante.

[3] Freud, S. (1917). *Una dificultad del psicoanálisis*. O.C. XVII.